

Este sacrificio no es, como los demás sacrificios, una inmolación de algunas horas, sino una inmolación de toda la vida, de todos los días, de todas las horas; una inmolación renovada, inmolación que, sin duda alguna, es á veces dulce, pero con frecuencia hace sentir todas sus amarguras y punzantes dolores.

Y la religiosa, como la víctima, y más que la víctima, debe estar muda; no sale de sus labios otra palabra que este grito de paz y de amor: «*Fiat!*»

CAPÍTULO IV

PODER Y BENEFICIOS DE LA OBEDIENCIA

I

La obediencia deifica al alma.

La obediencia hace al hombre hijo de Dios y heredero de Jesucristo. Cuán estrecha es la unión que una alma contrae con Jesucristo por medio de la obediencia, El mismo nos lo enseña por estas palabras:

«*El que hace la voluntad de mi Padre, que está en los cielos, ése es mi hermano, mi hermana y mi madre*» (Math., XII, 50); y por extraña que parezca esta doctrina, se concibe fácilmente. Obedecer á Dios es despojarse del espíritu propio, de sus sentimientos y volun-

tad, para poner en su lugar el espíritu, los sentimientos y la voluntad de Dios; es, como lo dice enérgicamente Clemente de Alejandria, *ser un Dios revestido de carne*. Nadie quizá ha comprendido mejor esta verdad que san Ignacio, el ilustre fundador de la Compañía de Jesús, el que fué llamado *el gran santo de la obediencia*.

«El obediente, escribía, excede el nivel de la condición humana y se eleva con impetu hasta el más alto grado de la gloria y de la dignidad. Desprendiéndose de las cadenas de su propia naturaleza, se une con estrechos lazos, y de la manera más íntima, con Dios, el soberrano bien, de cuya naturaleza se reviste de ese modo; y como Dios suele llenar plenamente el alma del hombre cuando la halla libre de lo que se opone á sus efusiones, es decir, de su voluntad propia, de ahí se sigue que, cualquiera que llegue á esta perfecta obediencia, tiene derecho á tomar para sí estas palabras del Apóstol, que pueden llamarse la fórmula de la santidad: «*Vivo, ya no yo; mas Jesús vive en mí.*»

II

La obediencia hace á la religiosa en cierta manera impecable.

1.º *La obediencia previene el pecado*, librándonos de la voluntad propia, que es el origen principal de todas nuestras faltas. La fuerza del demonio reside sobre todo *en nuestra propia voluntad*, cuyos deseos procura él que satisfa-

gamos por toda clase de medios. Por el contrario, nuestra fuerza reside *en la voluntad de Dios*: cuando en ella nos apoyamos, somos fuertes é inexpugnables.

«Como nuestra voluntad es ciega y propensa al mal—dice Bourdaloue,—necesita *un guía* que la conduzca y *un freno* que la contenga: y la obediencia le sirve de uno y de otro, manteniéndola estrechamente ligada con la voluntad divina. Bajo la dirección de esta voluntad, siempre recta y siempre santa, tengo la seguridad de que no puedo extraviarme mientras ande por el camino adonde Dios me llama.»

2.º *La obediencia hace al alma invencible.*—«El hombre obediente, dice el Espíritu Santo, *no hablará más que de victorias.*» (Prov., XXI, 28.)

Victoria sobre los malos hábitos.—San Agustín, en sus *Confesiones*, se lamenta de que, estando lleno de defectos, no había encontrado una mano caritativa que le ayudara á deshacerse de ellos. Un superior celoso no le hubiera dejado sin consejos, sin reprensiones, sin castigos; y siendo él dócil, ¡cuántos pecados hubiera evitado y cuántos méritos hubiera adquirido!

Victoria sobre el demonio.—La presencia, y sobre todo la palabra del superior, le hacen al demonio el mismo efecto que la presencia y la palabra de Dios. Los primeros pensamientos que sugiere al alma á quien quiere seducir, son estos: *No se sabrá, - no lo digas, - no lo digas del todo.* La obediencia es para la religiosa lo que fué para Tobías el ángel san Rafael: la acompaña por el camino de la vida, conducién-

dola con toda seguridad al cielo, que es su patria; ahuyenta ó encadena á los enemigos que salen al paso; es su guía, su defensor, su proveedor, de suerte que, al llegar al cielo, la religiosa puede decir á Dios: *A la obediencia debo el estar en vuestra compañía.*

Victoria sobre las tentaciones.—La experiencia nos prueba que en *la tentación descubierta sencillamente* ya no hay peligro, pues, ó se disipa pronto, ó se muestra de tal manera fútil, absurda, vergonzosa—como lo es efectivamente,—que se la desprecia y fácilmente se logra el triunfo.

Victoria sobre el mismo Dios.—«Si en el día del juicio—dice san Ligorio—Jesucristo os pidiese cuenta de lo que hayáis hecho obedeciendo á vuestro director, decidle: *Señor, he hecho esto por obedecer á vuestro ministro, como me lo habíais mandado;* Jesucristo no podrá condenaros. Si os preguntase por qué no habéis hecho penitencia más austera, más oración, ó por qué habéis omitido tal obra de caridad, con tal que hayáis obrado por obediencia, podéis decirle: *Señor, porque Vos mismo me lo habéis mandado por medio de mis superiores;* y Jesucristo, no sólo no podrá condenaros, sino que os recompensará.»

III

La obediencia hermosa, enriquece y sobrenaturaliza nuestras acciones.

1.º Una alma obediente está segura de hacer constantemente la voluntad de Dios. Supon-

gamos que, por un efecto de la bondad divina, nuestro Angel de la guarda se nos apareciera bajo una forma visible y nos dijese en cada circunstancia: *En este momento Dios quiere de tal tal cosa, y la quiere de tal manera; yo estoy contigo para ayudarte; ¿no es verdad que haríamos sin dilación y con alegría todo lo que nos dijera?*

La obediencia es ese ángel, y cuando hacemos lo que nos manda la obediencia estamos tan seguros de hacer la voluntad de Dios, como lo estaba Jesús en Nazareth, y como lo estaban los Apóstoles instruidos por Jesucristo.

2.º Todos los actos de un alma obediente tienen un valor prodigioso á los ojos de Dios. Las *menores acciones*, hechas por obediencia, tienen un valor infinito ante Dios, y las *más grandes*, hechas sin obediencia, no son nada á sus ojos.

Comer y beber sobriamente con obediencia, es una obra grande y meritoria delante de Dios. *Limpiar un objeto vulgar ó barrer una habitación* por obediencia, es una obra grande delante de Dios. *Recorrer sin obediencia el mundo entero para predicar el Evangelio*, no es nada ante sus ojos.

¿Qué es, pues, á los ojos de Dios, lo que nosotros llamamos *grande*? Lo que es para nosotros el castillo de naipes que vemos hacer á un niño, y aunque él lo hace con afán y con entusiasmo, nosotros apenas lo miramos. A los ojos de Dios, nuestras mayores empresas y nuestras obras gigantescas son menos que ese castillo de naipes.

Lo que da valor á cualquier obra, es *el amor* con que se hace; *amar* y *obedecer* son una misma cosa.

Amar es procurar adivinar y comprender la voluntad de Dios y esforzarse en cumplirla; y la voluntad divina es la que eleva todas las acciones á un orden sobrenatural. Ennoblece las más comunes, santifica las más indiferentes, realza el mérito y el valor de las más santas. Tiene el secreto de convertir en santo, espiritual, meritorio y agradable á Dios todo cuanto una criatura puede naturalmente hacer aquí en la tierra. Lo mismo lo exterior que lo interior, todo lo que ella toca adquiere vida inmortal.

3.º Una alma obediente llega infaliblemente y en breve tiempo á una perfecta santidad.

La primera razón se deduce de la naturaleza misma de la santidad y de la perfección. *Ser santo* consiste únicamente *en hacer en todo la voluntad de Dios*, y una persona obediente no desea nada, no busca nada, no hace nada sino lo que Dios quiere: se levanta cuando Dios quiere, se acuesta cuando Dios quiere, trabaja, ora, descansa, cuando Dios quiere..... Así que debe necesariamente hacerse *santa* en muy poco tiempo.

La segunda razón procede de la conducta de Dios, que ama al alma obediente. El hijo que obedece es siempre amado; el que obedece más, es más amado. Dios obra con ella como lo hace una madre con su hijuelo: la dirige, la conduce, la defiende, tiene cuidado de todo lo que á ella se refiere. Ya pueden conjurarse contra

ella la tierra y el infierno, pues estando bajo la protección de un Dios infinitamente sabio, bueno, poderoso y misericordioso, puede vivir y morir en paz.

IV

La obediencia es madre, sostén, guarda y complemento de todas las virtudes.

Sin obediencia, ninguna obra, aun las que son buenas en sí mismas, tiene *en realidad* valor alguno delante de Dios. Sin la obediencia, dice un autor eclesiástico, la caridad misma es falsa, y Dios la reprueba; ni aun el martirio le es agradable. Amar á Dios de una manera diferente de la que El prescribe, es desagradarle. Sin obediencia, hay á lo menos en algún modo rebeldía, y la rebeldía es el pecado.

La obediencia, dice expresamente san Agustín, *es la madre y el principio de las virtudes*, pues las hace germinar á todas, como ya hemos dicho, y hasta cambia *en virtud* lo que no lo era. No puede decirse de una manera absoluta que es *la mayor de las virtudes*, pero las supone todas, las ejercita todas y las completa todas.

Ejercita *la fe* en lo que tiene de más grande, mostrando á Dios en la persona del superior.

Ejercita *la esperanza*, haciendo esperar la paz, el consejo, la dirección de la palabra de un superior, en la que tiene tanta confianza como en la palabra del mismo Dios.

Ejercita *la caridad* en lo que tiene de sobre-

natural, amando y respetando al superior, no por lo que ve en él, sino porque representa á Dios, y entregándose generosamente á todas las obras de misericordia, de celo y de abnegación que el superior le ordena.

Ejercita *la humildad* sometiendo hasta su juicio al de su superior.

Hace practicar *la prudencia* no obrando nunca sin el apoyo de la palabra del superior, que considera como infalible para la salvación de su alma.

Humillar la frente ante la majestad suprema de Dios es *obedecer*. Temer ofender al Dios de las misericordias é incurrir en los castigos del Juez supremo es *obedecer*. Fomentar en el corazón fervorosas aspiraciones para el Dios de caridad es *obedecer*. Derramar socorros en la mano del pobre, y consuelos en el corazón del afligido, es *obedecer*, pues todo esto está mandado.

¡Cuán poderosa, fecunda y apetecible es la virtud de la obediencia!

Y no hay que admirarse, pues fué la virtud especial de nuestro Señor Jesucristo: *¡Estuvo sumiso!*

CAPÍTULO V

FELICIDAD DE LA OBEDIENCIA

Puede decirse de la obediencia lo que el Espíritu Santo dice de la sabiduría: «*Todos los bienes me vinieron con ella.*» (Sab., VII, 11.)

La obediencia *da luz al espíritu*, y entonces el espíritu sabe por dónde ha de ir y lo que debe hacer. Le da *seguridad*, y el espíritu sabe que con ella no se equivoca ni yerra jamás, y que si, abandonando momentáneamente á su guía, llegara á errar el camino, con ella siempre lo vuelve á encontrar al instante.

La obediencia *proporciona al corazón el reposo en el afecto*. Obedece á Dios y le obedece porque le ama, y Dios, á su vez, ama á ese corazón sumiso y generoso; y como Dios es siempre tan hermoso, bueno, compasivo y justo, el corazón no se cansará nunca de amarle, y Dios, á su vez, no se cansará tampoco de amarle á él, por lo que siempre habrá paz en aquel corazón.

La obediencia *da fuerza y constancia á la voluntad*; la voluntad se apoya en Dios, y como Dios no puede sufrir quebrantos, participa de esta eterna inmutabilidad. No quiere más que lo que Dios quiere; y como Dios quiere siempre el bien, vive feliz en esa atmósfera de paz, de luz y de belleza.

Precisemos con claridad lo que acabamos de enumerar, para comprender mejor la dicha que proporciona la obediencia.

I. Puesto que la obediencia es *el orden*, el cumplimiento de la voluntad de Dios, el amor que conduce nuestra voluntad á Dios y el amor que atrae la voluntad de Dios hacia nosotros, se sigue de ahí como consecuencia necesaria que la obediencia es *nuestro bien, nuestra paz, nuestra seguridad, nuestro reposo, nuestra felicidad*; en una palabra, la obediencia es para nosotros *el cielo en la tierra*.

II. Puesto que la obediencia nos hace ver en nuestros superiores á *Dios*, infinitamente justo, infinitamente misericordioso, infinitamente compasivo y bueno, y nos induce á amar á Dios y todo lo que El hace; puesto que, como hemos dicho ya, *obedecer y amar es una misma cosa*, se sigue de ahí como consecuencia necesaria que todo lo que *nos dicen ó nos hacen* nuestros superiores, *una reconvencción, un castigo, una negativa*, aun cuando en el primer momento *todo esto nos parezca injusto*, nos deja tranquilos, en la persuasión de que Dios tiene derecho á hacer lo que hace, y que todo lo que hace es siempre bueno y útil para nuestra alma. La obediencia calma las agitaciones *del corazón*, uniéndole con la voluntad inmutable de Dios, y cierra la entrada á las inquietudes que produce en *el espíritu* la multitud de pensamientos, con este pensamiento único: *¡Dios lo quiere!*

III. Puesto que la obediencia es efecto del amor, acaba siempre, cuando es verdadera, por conquistarse el amor y establecer entre los superiores y los inferiores esas relaciones de mandato y obediencia, que son un cambio recíproco de amor y benevolencia. ¿Cómo no ha de amar la superiora á una hermana que está siempre dispuesta á hacer lo que le mandan, recibiendo siempre con alegría cualquier orden que se le da? ¿Cómo no ha de ser con ella más solícita, más cariñosa, en una palabra, más madre? La hermana, por su parte, al ver que la superiora la trata así, no puede menos de quererla, y ha de procurar siempre complacerla en todo.

La casa en donde se entendiera así la obediencia sería un verdadero *Paraiso*.

IV. Puesto que la obediencia pone la voluntad del inferior en manos del superior, que responde de ella delante de Dios, ¡qué seguridad para el que obedece! «La obediencia—dice san Juan Clímaco—es una vida sin congoja, una navegación sin peligros, un viaje que se hace durmiendo.»

Vivir bajo la obediencia es *echar la carga en las espaldas de otro*, es *nadar apoyado en sus brazos* y dejarse llevar así, sin temor y sin peligros, hasta la eternidad. Sobre todo en la hora de la muerte, en aquel momento en que el demonio se esfuerza para que el recuerdo de nuestras faltas nos haga caer en la desesperación, es cuando la obediencia nos proporciona los consuelos más inefables. Feliz el alma que puede decirse: «¿Qué es lo que Dios podría condenar en mí, puesto que, haciendo la voluntad de mis superiores, he hecho constantemente la suya? Sin duda, en mi vida pasada tengo muchas faltas que reprocharme; pero estoy segura que todo lo borra el sacrificio que tantas veces he hecho á Dios de todo mi sér. Jesús, mi Salvador, ha dicho que *se perdonan muchos pecados á los que han amado mucho*, y yo he amado mucho á mi Salvador, y yo he amado mucho á mi Salvador, puesto que por amor suyo he renunciado por espacio de muchos años á mi voluntad y juicio propio, para conformarme en todo con su voluntad, manifestada por medio de mis superiores. No, no Dios mío, Vos no rechazaréis á la que siempre os ha obedecido.»

V. Después de estas reflexiones, podemos decir con el P. Giraud: «La obediencia es para la religiosa una *madre*, una *nodriza*, una *amiga*, una *protectora*, una *poterosa medianera*.»

Una *madre*. Ella es la que la engendró á la vida religiosa; la llevó en su seno durante el noviciado; la dió á luz el día feliz de su profesión; la acompañará durante toda la vida; estará junto á su lecho á la hora de la muerte, y la conducirá de la mano al soberano Juez.

Una *nodriza*. La obediencia, con la leche de los buenos consejos y del estímulo, la nutre en la vida que le ha dado como madre.

Una *amiga*. En las penas, la obediencia la consuela; en las tentaciones, la sostiene; en las caídas, la levanta.

Una *protectora*. La obediencia la preserva de todos los peligros que el demonio siembra en su camino; aleja de ella el amor propio, el abatimiento, la inconstancia, la presunción.....; y si estos enemigos la acometen, acude en su auxilio para vencerlos; con la obediencia, la religiosa sale siempre triunfante.

Una *poterosa medianera*. La obediencia hace que los superiores le sean favorables, aun después de las faltas que ha cometido, y que sean indulgentes con sus yerros, defectos é imperfecciones. La obediencia, compañera amada de la religiosa, le presta su candor y su amabilidad, le da aptitud para todos los cargos, la hace amar de todo el mundo, y la rodea de una atmósfera de paz y de felicidad.

¡Cuán bella, cuán seductora y útil es la virtud de la obediencia!

¡Es *el piloto* sagrado que vela sobre mí, y responde de mi alma, de mi virtud, de mi perseverancia, de mi salvación, sin pedirme más que una cosa: *permanecer en el navío que él conduce!*

¡Con él puedo vivir en paz, trabajar en paz, dormir en paz!

¡Con él no hay turbaciones, ni inquietudes, ni aprensiones!

¡Al llegar al puerto, él es quien hablará por mí, responderá por mí, y me adornará con sus gracias y virtudes!

¡Oh, divina obediencia, compañera de Jesús, me entrego á ti, me abandono en ti! ¡Hazme tu discípula, tu hermana, tu hija!

QUINTA OBLIGACIÓN DE LA RELIGIOSA

ORAR

«No quisiera — dice san Ligorio — hacer nunca otra cosa en mis predicaciones y en mis escritos, que repetir continuamente: ¡*Orad!* ¡*Orad!*»

»Entre los libros que he compuesto no creo que ninguno sea más útil que el del *Gran medio de la oración*, y, si pudiera, mandaría imprimir tantos ejemplares como fieles hay en el mundo, á fin de distribuirlos á todos y hacerles comprender la necesidad que todos tenemos de *orar para salvarnos*..... Lo digo, lo repito, y lo repetiré toda mi vida: *el negocio de la salvación depende de la oración*, y deseo que todos los autores en sus libros, todos los predicadores en sus sermones, todos los confesores en el tribunal de la penitencia, insistan sobre la necesidad de la oración, y digan y repitan sin cesar: ¡*Orad, orad, orad; no ceséis jamás de orar!*»

Hace mucho tiempo que leímos estas fervorosas palabras de un santo que amaba mucho á Jesucristo y á la Santísima Virgen; desde aquel momento no se han apartado de nuestra memoria, y bajo su inspiración vamos á escribir esta última *obligación de la religiosa*.

¡Ojalá que estas páginas os impresionen fuertemente y os inclinen á la oración!